

la pretensión formulada: no se obtuvo tampoco nada con las peticiones que después se dirigieron á los Excmos. Sres. Ministros de Hacienda y de la Gobernación: y al fin, habiéndose declarado que el mencionado establecimiento debía ser también considerado como desamortizable, en 1885 sacó el Gobierno á subasta pública la casa de San Martín y todas sus tierras, escepción hecha de una parte de estas respecto á las cuales interpusieron tercería de dominio los Sres. Munoa hermanos.

(Se continuará)

ZAZPIAK BAT



San Juan de Luz, 20 de Septiembre de 1894.

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Mi querido amigo: ¡Zazpiak bat! Lema hermoso y consolador el que se ha dejado ver en letras de oro sobre las banderas de estas fiestas en que no ha habido españoles ni franceses: solo bascongados entusiastas presenciando espectáculos característicos del noble país que se extiende entre el Ebro caudaloso y el sereno Adur. ¡Loor al pueblo basco!

El domingo, 26 del pasado, la gaita nabarra que desde Pamplona ha venido á alegrar las fiestas, recorrió las calles de la población tocando preciosos aires del país. Es una música que encanta la de ese instrumento esencialmente montañés. Su sonido, un poco áspero, tiene algo del clarín que despierta al soldado antes de la pelea sangrienta; y sin embargo ¡cuán dulcemente suenan sus ecos en las fragosidades de esas sierras abruptas! Los nabarros la tocan con brío y precisión admirables, y no pongo en duda que en las calles de París, por ejemplo, su gaita sería saludada con entusiastas aplausos. Hagan la prue-

ba cuando la ocasión se presente, y verán que no me equivoco. A las once se presentaron en la población los *mutikos* de Andoain con sus boinas encarnadas y alpargatas blancas, precedidos del clásico *tun-tun*: escena que me transportó de pronto al riñon de nuestra amada provincia. Desde aquí les saludo y envío la más cordial enhorabuena á ellos y á su director, D. Justo de Irastorza, por haber dejado bien puesto, en tierra hermana, el pabellón guipuzcoano.

A las tres de la tarde el Ayuntamiento, precedido de las banderas de las siete provincias, música de la villa, bailarines de Andoain, comparsa de suletinos y guardia de *makillaris*, que lo escoltaron hasta las puertas, se dirigió de la Casa de la Villa á la iglesia parroquial. Un gentío bullía en las calles del tránsito, despreciando los ardores del sol. Cuando el Ayuntamiento ocupó su puesto de honor, y las banderas fueron depositadas en el presbiterio, subió al púlpito el digno y celoso párroco de San Juan de Luz, Sr. Elissague, quien empezó su alocución preguntando al apiñado auditorio: «¿Para qué nos hemos reunido aquí? ¿Qué significan estas fiestas que con tanta ostentación empiezan? Nos hemos reunido para bendecir esas banderas que son símbolo de nuestras glorias». Con un calor y una naturalidad verdaderamente bascongados encomió nuestras antiguas costumbres, aplaudiendo la conducta del digno y entusiasta alcalde de esta villa Sr. Goyeneche, que llevado de su acendrado amor al país, ha organizado estas fiestas con celo inteligente é infatigable. Dijo que nuestras más características diversiones eran la pelota y la danza; pero no la pelota y la danza que ahora, desgraciadamente, se estilan; sino aquel juego de la pelota patriarcal y viril con que se solazaron nuestros mayores, y la danza airosa, inocente y culta que en nuestros días va desapareciendo para ceder su puesto á lo que es inmoral y feo, por consiguién- te. «¿Hay nada más bonito que nuestros bailes antiguos?» exclamó, y después de explicar la significación de las siete banderas hermanas, exhortó á los fieles á que, practicando las virtudes siguieran la bandera *única*; la de Jesucristo y su Religión, que conduce al cielo. Las ardientes palabras del señor párroco conmovieron visiblemente al piadoso auditorio.

Inmediatamente, los fieles, de rodillas, recibieron la bendición del Santísimo que, por ser cuarto domingo de mes, estuvo expuesto durante las vísperas. Sonaron otra vez, con más alegría si cabe, los acordes de la banda de música, silbó el tamboril, la gaita tocó un pasa-ca-

lle, y formada de nuevo la comitiva, se puso en movimiento en medio del mayor bullicio, precedida de las siete banderas más la de la Tradición basca, que eran rojas, con sus escudos bordados. Esta última era la que llevaba entre sus pliegues el lema «Zazpiak bat» resplandeciendo á los rayos de nuestro sol, que aquellos días brilló cual pocas veces. La comitiva, del modo que se ha dicho, entró en el gran patio del Colegio de los Hermanos Maristas, donde se habia colocado un tablado rodeado de cómodos y bien dispuestos asientos que en un momento fueron ocupados por la curiosa concurrencia. El *debût* les correspondió á mis paisanos, los jóvenes, mejor dicho, los niños de Andoain, quienes, con su director á la cabeza, hicieron las delicias del público, ejecutando primorosamente las *danzas heróicas* de nuestro país. Nada más hermoso que aquellos movimientos acompasados, elegantes y ágiles, aquella música del tamboril tan original, á cuyo compás solo una parte de los bascos sabe bailar, compás valiente y apasionado al cual está sujeta, entre otras muy preciosas, esa inmortal canción de Iparraguirre que, cuando niños, nos enseñaron á cantar nuestras madres. Merece mil plácemes el Ayuntamiento de Andoain por el celo con que procura se conserven nuestros antiguos bailes, y honraria á otros de la provincia el que le imitasen en este punto, organizando comparsas que, bien aleccionadas, bailaran en los grandes días. Insisto en este punto, porque me parece muy trascendental. Destiérrese ese baile indecoroso que en mala hora invade nuestras plazas, ese vals que es fruta, y fruta corrompida de otros países, y foméntese en cambio lo que, sobre habérselo legado nuestros abuelos, admira á los extraños por su gracia y elegante señorío. ¿Hay en el mundo cosa más interesante en esta materia, y que más alto hable en favor de una raza, que el tradicional *aurreku*? Quien lo ha visto una vez lo quiere ver otras ciento. Aquella originalidad en todo; aquella música del *contrapás*, que si hace bailar á las piernas, hace llorar á los ojos; la mesura y distinción en todos los movimientos; la galantería y respeto hácia la mujer. ¿Dónde están aquellos *zortzikos* de Juntas? Tampoco es fácil que se borre de la memoria el buen efecto que producen, por ejemplo, los *dantzaris* que en el Corpus de Oñate ejecutan un baile del país delante y á cierta respetuosa distancia del palio cargado de oro y de reflejos. Una docena de ligeros muchachos vestidos de blanco y rojo, como muchas flores, tributan anualmente al Señor de lo alto este tradicional obsequio. Pues ¿y el *bordon-dantza* tolosano á quien sirven

de guía la espada y los laureles de Beotibar? Dancemos, pues, pero dancemos como bascongados, y no demos al diablo motivo para darse frotones de manos, ni al decoro y al buen gusto para llorar de rabia.

Después que los de Andoain cosecharon abundancia de aplausos, lucieron los unos su chispa y los otros sus pulmones sucesivamente, *bersolaris é irrintzilaris*; y cuatro gallardos suletinos, vestidos con el pintoresco traje que para tales casos usan, hicieron prodigios con sus piernas de corzo, al compás de la música del *chistu* campesino.

Por la noche los *bersolaris* coplearon á más y mejor desde el kiosko de la plaza de Luis XIV, y guipuzcoanos y suletinos bailaron de nuevo en medio de un gentío que les aplaudió con frenesí. Por la ría se paseaban de aquí para allá muchos barquitos con faroles á la veneciana, cuyas luces coloreaban de mil modos las negras y tranquilas aguas, produciendo un efecto fantástico. En medio de la algazara llegaba hasta nosotros, moribundo como un último adiós, ese grito que se lanza en nuestras montañas inconquistables.

VICENTE DE MONZÓN

(Se concluirá)



ZAZPIAK BAT



(CONTINUACIÓN)

Pasó aquella noche de tanta alegría, y amaneció un día lleno de esplendores, de luz, rico en colores, uno de esos días que no se olvidan. A las diez de la mañana, hora solemne y tradicional, se jugaba un gran partido al rebote entre bascos de aquí y bascos de más allá: entre españoles y franceses. ¡Un partido al rebote! V. sabe lo que eso significa (y más ahora que nos da por otras cosas) para el euskalduna *pur sang*. Significa no dormir, ó dormir mal la noche anterior, soñando con mil peripecias del juego ó *pelotarísticas*, hablando con más elegancia; levantarse temprano; lanzarse a la calle en busca de algun jugador á quien estrechar la mano; no acordarse de desayunar; perder el seso, vamos. Por este lado llegan varios coches atestados de gente que viene en mangas de camisa y cantando; por el opuesto sendos grupos á pie, caras abiertas y sonrientes; las posadas y tabernas llenas; una animación que se extiende á todas partes. Biarritz elegante y ligero nos envía sus *break* y sus *mail coach* que llegan desempedrando calles. Tampoco faltan, para dar cierto color clásico al espectáculo, grupos de clérigos que no ceden á nadie la palma ni en inteligencia del juego, ni en entusiasmo por él. ¡Plazará! se oye en todas partes, y *plazará* se dirigen todos. Las diez están al caer. ¡Qué animación! ¡que bullicio! Todo el mundo asalta los asientos; el que puede lo toma de sombra; el que no, se resigna á soportar durante un par de horas todo el peso de los rayos del sol, que preside la fiesta desde allá arriba, sentado como un príncipe en eso que dicen que es su *carro*; aunque para mi no hay tales carneros. Yo miro al cielo para ver si algún toldo

misericordioso me ampara. No veo más toldo que el azul immaculado de una incomparable mañana de verano. Me resigno; y entre apuros de los que llegan tarde, y apretones y casi desmayos, veo que van presentándose en la plaza los jugadores vestidos de blanco; cambian algunas palabras con los amigos; se arman de sus potentes cestas; y después que pelotean breves momentos, una moneda brilla en el aire un instante, y comienza el partido. ¡Momento solemne! La pelota cruza el espacio unas veces como traidora bala que silba, otras como majestuosa bomba que cae lentamente para volverse á levantar con nueva fuerza, ó bien rasando el suelo, ligera como saeta. Hay tantos magníficos, y se oye un trueno de aplausos al final de cada uno de ellos. El *contador*, (que no es tabla, sino hombre de carne y hueso, siguiendo los viejos usos) lanza al espacio con atiplada y penetrante voz el antiguo «jueces, señores»; estos abandonan sus sillas; se reúnen con esa lentitud del basco que parece provenir de un interior pacífico y tranquilo; descúbrense, y se ponen á juzgar la pelota dudosa. Si yo fuera pintor, había de hacer un cuadro que representase este momento de tanto interés; porque creo que el asunto sería típico á más no poder. Pero volemós un poco con la imaginación, mi querido amigo, y figúrese usted por un momento que he dado ya la última mano á mi cuadro, y lo contemplamos los dos, usted como crítico indulgente, y yo como autor satisfecho. En un lado de la extensa plaza de largo, de bote en bote llena, colocaría á los cinco jueces: pues quiero suponer que el difícil caso que se ofrece exige la presencia del quinto en discordia. A casi todos los señores jueces los he hecho altos, secos y huesudos, de narices nobles, y están vestidos de oscuro paño, dejando ver una camisa muy blanca y muy cerrada, sin corbata. De las lavadas caras ha desaparecido la habitual sonrisa: están serias y preocupadas. Alguno de ellos acciona con vehemencia. A corta distancia del respetable grupo, el contador, también descubierto, y fija en aquel la picaresca mirada que parece decir á los del corro: «son ustedes unos posmas, amigos míos.» Aquí un jugador se desata la *chistera* con la cachaza de quien presume que aquello irá largo. Más allá están dos de pie, hablando pacíficamente con los caseros que se encuentran á mano. Tal vez son sus vecinos, de quienes reciben consejos convenientes para el buen éxito del partido. Otro ofrece un trago de fresco vino á su contrario. Pero fijese usted especialmente en ese mocito que no quita los ojos de los que juzgan, y á quien, por las trazas, la varonil

ZAZPIAK BAT



(CONCLUSIÓN)

Ahora que hemos salido de la plaza de pelota, (que no es negocio tan fácil) y se nos ha servido larga y bien sazónada comida amenizada con los comentarios más sabrosos, voy á decirle dos palabras de otro espectáculo, aunque tan bascongado y *sui generis*, mucho menos conocido que el anterior; espectáculo que, según nos dicen los eruditos, tiempos atrás era general en la Euskal-Erria, pero ahora ha quedado reducido á esa estrecha y corta, pero poética cinta de terreno conocida con el nombre de *Ziberoa*, (en francés Soule), que á la falda del Pirineo gigante sonríe á cuantos la visitan. Me refiero á las pastorales. La que en estas memorables fiestas se ha puesto en escena es conocida por *Los cuatro hijos de Aymón*, y su asunto está tomado de la leyenda histórica, como otras lo tomaron de la religiosa, y aún de la mitología. No le voy á decir su argumento, que es bastante conocido, sino tan solo á manifestarle impresiones personales producidas por estos dramas originales que parecen ser las primicias del teatro: como quien dice, el teatro en mantillas. Yo que de muy atrás tenía grandísimo interés por ver una pastoral, pude disfrutar hace dos años en el mismo San Juan de Luz, y con ocasión de las fiestas euskaras que entonces se celebraron, de la titulada *Abraham* que se representó en el juego de pelota (¿lo ve usted? Ya estamos allí otra vez por ver si se arma algo). Nunca olvidaré, porque no es para olvidada, la impresión que la primera vista del curiosísimo espectáculo me produjo. Había ya empezado la fiesta. Vi un gran tablado puesto en mitad del juego, con cuatro escopeteros en sus cuatro esquinas, vestidos de azul y blanco,

haciendo guardia de honor á los representantes. Los actores que ocupaban la escena se movían regularmente mientras decían sus estrofas de á cuatro versos bascongados, en una especie de recitado tan triste que parecía algo así como un lamento; accionando de una manera monótona y primitiva, pero elegante. Vi trajes vistosos, á los que el sol de las tres de la tarde hacía brillar de un modo deslumbrador; oía voces frescas y sonoras como la de los torrentes que saltan en las montañas; y los muchachos que ocupaban el tablado, cuya enrevesada lengua (sea dicho con vergüenza) apenas la entendía, mostraban unas caras tan dulces y expresivas como las de nuestra provincia. Dos pícaros diablos (pues sin espíritus malos no hay pastoral, como no hay día sin nubes y sin dolor) se agitaban como locos alrededor del tablado, andando, bailando y saltando de un brinco del suelo al escenario, vestidos ambos de una manera muy original y pintoresca, y con un latiguillo en la mano. Yo estaba aturdido, y no me daba cuenta de lo que los ojos me decían; pero subió de punto mi admiración, y, ¿para qué no decirlo? las lágrimas me saltaron cuando vi que el joven que hacía de Abraham se arrodillaba, y levantadas ambas manos, en bellísima actitud de súplica, entonó con potente voz de tenor esta canción dulcísima:

Adoratzen zutut Jauna
Zeluko erregia
Zeliaren luraren eta
Gaiza orenen krezalía.

Primero hubo un silencio sepulcral; luego estalló un verdadero trueno de aplausos, y yo, profundamente conmovido, me acomodé en mi asiento, y sin pestañear, atendí al resto de la pastoral. Estas fueron mis primeras impresiones.

Es preciso ver uno de estos dramas, Sr. Director, para formarse una idea de lo que son; porque todo es en ellos distinto de cuanto nuestros ojos están acostumbrados á ver en esta materia: la manera de recitar, los movimientos, el accionado. Dicen que el primitivo teatro griego fué algo parecido. Una sencillez infantil reina allí. Los trajes son pintorescos, cortespondiendo desde tiempo inmemorial el color azul á los *buenos*, así como el encarnado á los *malos*; y casi todo es simbólico. Así por ejemplo, la guerra, que es de todas las pastorales, se representa de la manera más original, cruzándose las espadas de ambos bandos, mientras estos avanzan y retroceden alternativamente

haciendo un sencillo paso de baile al compás de la música de la *chirula* que suena muchas veces durante la pastoral; y la señal de que alguno de los guerreros ha sido muerto ó herido en esta lucha tan poco sangrienta, es dejar de combatir, y sentarse poquito á poco en el suelo, mientras los compañeros continúan en acompasados movimientos de avance y retroceso. Es una de las cosas que me han causado efecto más extraño en estas originales representaciones al aire libre. Cosas también muy dignas de notarse son el sentimiento y expresión que los actores saben imprimir á su melancólico recitado; la verdad y el entusiasmo con que lo hacen; y muy especialmente, atendida sobre todo su calidad de gente campesina, la distinción de los modales. Ver accionar á Carlo-Magno ó al Duque de Aquitania en la pastoral que acabamos de presenciar, era ver accionar á un rey ó un duque efectivos. Y no parezca exageración. Pero ¿qué le diré á usted de los *intermedios*, donde los espíritus malos se despachan á su gusto, luciendo la incomparable ligereza de sus piés adornados con cascabelillos que alegremente suenan sin cesar? Es portentosa la agilidad de estos infatigables hijos de la Soule. ¿Serían ellos los que hicieron que Voltaire definiera el pueblo bascongado diciendo que «es un pueblo reducido que baila (*qui danse*) en lo alto del Pirineo?» No lo sé. Pero tenía su razón el filósofo. ¡Y eso que motivos para vivir bailando.... no siempre los hay en nuestra tierra! Pero tenemos la paciencia alegre.

Y ya que hablo de baile, hemos tenido ocasión de ver una vez más el que comunmente se usa en esta parte del país. Se llama *muñiko*, sin duda por que lo son generalmente los que lo ejecutan formando un círculo de solo muchachos que se mueven en vaivén, caídos los brazos, los piés como si fueran de pluma, y la mirada grave y fija siempre en el centro del corro. Es muy montañés y tiene mucha dignidad y gracia.

La *mascarada*, que recorrió estas calles el último día, viene á significar una visita que los jóvenes de un pueblo hacen á sus vecinos. En ella se ven, como en la pastoral, trajes variados y caprichosos de alegre conjunto. Cuando, después de recorridas las calles, suben al tablado que se les tiene dispuesto, ejecutan muy bonitos juegos de baile, y con tanta finura por cierto, que parece increíble. En nuestra raza todo, incluso las diversiones, llevan un sello de nobleza que no permite que se las confunda con las de ningún otro pueblo.

Estos simpáticos suletinos nos cantaron algunas de sus canciones.

Decían que las había bellísimas en la Soule; y en efecto, es así. Son cantos de montaña, tristes y melancólicos como los resplandores de ese astro de plata que en bascuence lleva un nombre bien significativo: *jillargia!* ¡Cuántas veces, en las noches tranquilas, el eco de estas canciones tiernas que va á morir al Pirineo, se encontrará con las que desde esa parte van también allí á morir!...

Pasando á otra cosa, se han presentado muy notables composiciones euskaras, entre las cuales ha merecido la primera mención honorífica una muy hermosa compuesta por mi buen amigo D. Bonifacio de Echegaray, á quien sus pocos años no obstan para ser ya un poeta bascongado notable.

Es cierto, por desgracia, que va estrechándose el círculo de terreno en que la dulce lengua euskara se deja oír; pero la natural tristeza que esto nos produce á los amantes de nuestras cosas se halla compensada con el contento que causa el vuelo que nuestra literatura va tomando desde hace algunos años. ¿No podrá el bascuence, en virtud del impulso recibido merced á la inteligente laboriosidad de muchos, reconquistar buena parte del terreno perdido? Me dirán que sueño. Quiero vivir soñando, amigo mio. Y ya que de esto hablo, no quiero pasar por alto el sano consejo que el Inspector general de primera enseñanza, D. Santos María Robledo, dió á los maestros que le escuchaban con motivo de la Asamblea pedagógica habida últimamente en la ciudad de Vitoria: «Procurad conservar, les dice el Sr. Robledo, esta hermosa lengua bascongada; y que se mantenga vivo en vuestros alumnos el amor á sus fueros, a la par que a España, la patria de todos los españoles»: palabras que debieran escribirse con letras de oro en todas las escuelas del país bascongado, donde, hasta hace poco á lo menos, se ha castigado con penas bastante severas el delito de hablar bascuence. Queda, pues, definitivamente abolida la absurda cuanto ridícula costumbre del anillo, y no me parecería mal que en su lugar, y como resarcimiento de daños y perjuicios causados á la venerable, se dieran media docena de pelotas finas de Pamplona al muchacho ó muchahos que mejor leyeran y escribieran un buen trozo de prosa ó verso bascongado.

Se han dado premios á la carrera, al salto y á otros ejercicios de agilidad y destreza, jugándose, además del descrito, dos partidos de pelota al blé, uno á cesta y otro a mano, que no dejaron de tener interés; por más que yo al de rebote me atengo.

Hé aquí la relación, tal vez sobradamente detallada, de nuestras fiestas. Ya ve usted que nos hemos divertido. Han reinado en ellas una cordialidad y alegría tan grandes que era una hermosura; todo con mucho orden y mucha paz. La numerosa colonia forastera que se hallaba aquí en esos días ha contribuido también grandemente con su presencia al mayor lucimiento de los festejos. Toda ella volverá á sus casas ponderando las excelencias de esta raza que ora con fervor en las iglesias y se divierte con dignidad en las calles y plazas. El tiempo estuvo caluroso, pero espléndido; la mar vestida de azul; este campo risueño más risueño que nunca. Ya sabe usted que nuestro *Donibane* es una niña coqueta. El viento que viene del mar y de la montaña alternativamente jugaba con las banderas entrelazadas de Francia y España, dos naciones nobles á quienes el nobilísimo suelo euskaro sirve de lazo de unión, según decía muy bien una inscripción que hasta hace poco, hasta que el blé la borró, se ostentaba en el frontoncillo de rebote de este juego: «*España eta Frantzia eskual-erriaz junta-tuak.*» Muchas consideraciones pudieran hacerse aquí; pero es preciso acabar.

Le he contado las fiestas bascas de San Juan de Luz. ¡Qué contraste! Hace cien años justos, en los pavorosos días del Terror, en esta misma plaza de Luis XIV donde ahora hemos oído entre aplausos el *Guernikako Arbola*, que es himno de verdadera libertad, se levantaba la terrible guillotina sedienta de sangre; donde han resonado los cantos alegres de un pueblo que se solaza, resonó entonces entre blasfemias el *Salve Regina* que cantaba con varonil esfuerzo al encaminarse al martirio, la humilde hija de Sara, Magdalena Larralde. De aquí á cien años ¿qué cánticos se oirán?...

No debemos dejar pasar un año, Sr. Director, sin que esta clase de fiestas se celebren en alguno ó algunos de los pueblos del territorio euskaro. *Zazpiak bat* lleva por título esta carta. Los bascos de las distintas regiones somos hermanos que siquiera una vez en el año necesitamos abrazarnos y contarnos nuestra buena ó mala ventura. Así como hay una Navidad de Diciembre á la que dan un particular encanto la nieve que blanquea y el aquilón que silba, tengamos también (que por mucho trigo nunca mal año) esta otra Navidad de Agosto á la que preste el verano su esplendor. Yo le confieso que estas segundas navidades me ilusionan casi tanto como las primeras. Allí nos encontraremos todos los amantes de nuestras cosas, y cada cual con-

tribuirá con lo que sepa á que la fiesta sea completa. Ya que anualmente presenciarnos, arrasados los ojos en lágrimas, el desolador espectáculo de la *quinta*, veamos también anualmente estos otros espectáculos que contribuyen grandemente con su hermosura y nobleza á que se levante el espíritu de este gran pueblo, tan feliz con sus fueros, tan desgraciado sin ellos. La común desgracia une; y *unión* y *fuerza* son una cosa misma.

Para terminar, felicito con toda mi alma á los organizadores de estos alegres festejos, muy especialmente á mi buen amigo el señor Goyeneche.

Gozando de recuerdos y esperanzas, queda á sus órdenes su afmo. amigo y S. S. Q. B. S. M.

VICENTE DE MONZÓN.

SECCIÓN AMENA



TIRITANDO

En la playa cierto día
 Ramón del baño salía
 y en el baño entraba Juan
 haciendo cada ademán
 al sentir el agua fría,
 que soltó la carcajada
 Ramón por aquella hombrada,
 y Juan preguntó á Ramón
 —¿Qué tal el agua, bribón?
 y le contestó—mojada.—

MARCELINO SOROA.
